

El caserón antiquísimo que habitan ha sido denunciado por ruinoso. ¡ Es un ensañamiento del destino ! ¡ El mismo no será pronto más que un mísero vagabundo !

Oye la lluvia y el vendaval pensando que es una temeridad permanecer más tiempo allí. Pero, ¿ no se desoye el presentimiento ?

\* \* \*

Al día siguiente la Prensa relata la catástrofe... y su inesperada consecuencia que tiene algo de milagro. El paredón, en su caída, sin herir a Ricardo, ha dejado al descubierto un cofre de hierro oxidado que contenía un tesoro fabuloso en monedas árabes y en piedras preciosas. ¡ Algo de las Mil y Una Noches ! Pero no servirá para esplendores mundanos, no servirá para orgías ni desbordamientos del placer, sino para que un corazón franciscano, en pleno siglo XX, derrame su caridad infinita.

Inmenso es el contento de Ricardo. Cuando ha acudido a casa de Fernandito no era necesaria su dádiva. Milagrosamente restituida a la salud, la madre joven, con su trabajo, ya no requería ningún socorro. ¡ Y la felicidad del regalo mágico brilla en los hermosos ojos del niño !

Sólo un cuidado sobrecoge el ánimo de Ricardo. Un compañero, émulo de su caridad, se ha propuesto llevarla a lejanos confines. Y un buen día se embarcó y sólo supo que el barco había naufragado. Sin duda él pereció en la aventura. Pero, ¿ quién no le mentía esperanzas a su prometida Isabel que languidecía entre el temor y la esperanza ?

— Sí, espero siempre. Juan no ha muerto—le ha dicho a Ricardo aquella misma mañana, al ir a felicitarle por el hallazgo del tesoro.

\* \* \*

El último día del Año, Juan había arribado a un islote desierto, azotado por las olas. Recorriendo su extensión había descubierto una fuente de agua dulce. No se sentía con vocación robinsoniana y pensó, con horrible desesperación, que moriría de hambre, ya que no de sed.

En vano exploraba el horizonte. ¡ Mar y cielo, mar y cielo, siempre ! Procuró llevar la cuenta de los días, pero a los seis estaba tan desfallecido y tan resignado a morir, que se tendió al pie de una roca musgosa, invocó a Dios, y su nostálgico recuerdo voló hacia la madre y hacia Isabel. ¡ Morir en plena juventud, lejos de ellas y de la Patria: no volver a verlas nunca más... ! Sus ojos se anegaban de lágrimas. ¿ En qué día del año estaba ? ¿ No habían pasado semanas, meses enteros ? No ; no podía ser, porque no hubiera podido vivir tanto tiempo sin

comer. Al principio sufrió mucho del hambre ; después, no ; ya no sentía deseo de comer. Ahora se le iba la cabeza : sin duda iba a morir ; pero Dios, que sabía el móvil de su viaje, aceptaría el sacrificio y lo acogería en su seno, como un padre a un hijo desgraciado.

Entre tanto, la silueta de un vapor aparecía en el horizonte. Si Juan no hubiera estado tendido junto a la roca que le servía de parapeto, hubiera podido ver el barco, levantarse y hacer señales. Pero en vano el barco se acercaba : la intención del capitán era precisamente soslayar el islote, sin sospechar que allí había un ser perdido en la inmensidad.

De pronto, el desgraciado sintió que una mano de calor se apoyaba en su húmedo hombro desnudo.

Se volvió con un escalofrío ; tenía junto a él una hermosa figura que trataba de incorporarle ; se inclinaba sobre él una cabeza varonil muy bella, ceñida por un turbante de riquísima seda violeta, cerrado por una joya esplendente. Dos negros ojos pensativos lo miraban con extraña dulzura. Juan fué a preguntar : — ¿ Quién eres ?— Pero la voz no le salió de la garganta, aunque sí de sus ojos el llanto de gratitud a raudales. Quiso besar la mano bienhechora.

— ¡ Arriba, arriba !—intimó el desconocido— Que te vea el barco salvador.

Ya de pie, anhelante, Juan abarcó con la mirada el ancho espacio y divisó la mole ya cercana del vapor ; como le hería el sol, puso la mano a modo de pantalla y un ronco grito de felicidad, que a él mismo le sonó extraño, brotó de su garganta. Hizo señas de loco. Sí ; le habían visto ya y acudían con una barca. Juan, trémulo y sollozante, quiso abrazar al personaje del turbante : había desaparecido.

\* \* \*

Isabel tenía razón en su esperanza. Y cuando un día primaveral se unieron los enamorados prometidos ante el altar, y Ricardo, testigo, daba desde el fondo de su corazón las gracias al cielo que había colmado sus deseos, y Fernandito, a la salida de la iglesia, de la mano maternal, esperaba a ver salir a los recién casados, que tantas veces les habían ayudado en su pobreza, los tres Reyes Magos, desde los celajes cambiantes del cielo primaveral, sonreían, satisfechos de su acuerdo. Después el grupo se desvaneció entre las nubes, en girones incandescentes de ópalo y de zafiro.

D i b u j o s d e V i e r a S p a r z a

Los tres Reyes Magos, desde los celajes cambiantes del cielo primaveral, sonreían satisfechos de su acuerdo.

VIERA  
PARZA

